

## Tramoyista

Nació hace 65 años. Estoy casado, tengo dos hijos y cuatro nietos. He trabajado como tramoyista en el Teatro Británico, el teatro de Arequipa, el teatro Manuel Segura, entre otros. Ahora continúo con mi trabajo en los auditórios de la Universidad de Lima.

## “El tramoyista es el héroe anónimo de cada obra de teatro”

RENZO GINGER VÁSQUEZ  
Periodista / revistaenlinea.com.pe

**S**e baja el telón, Nicolás Torres entra rápidamente para reemplazar el fondo de papel que simula un paisaje. Se levanta el telón, los actores vuelven a escena. Nadie vio su trabajo pero todos saben que estuvo ahí. Es la rutina que Nico, como lo conocen las bambalinas, ha repetido en los últimos 48 años que lleva como tramoyista. “Luces, telón, escenografía, móviles, de eso nos encargamos”, nos explica.

— ¿Cómo llegó al mundo de las tablas?

Cuando vivía en Miraflores, a pocos metros de mis casas, viajaba Gabriela Burneo, dueña del Corral de Comedias. Lo que ahora es el Teatro Británico. En ese entonces la sala era tan pequeña que se usaban sillas de madera tipo Vieira. La señora Burneo llevó mi hermana para que trabajara en la boletería, yo iba a recogerla en las noches y me quedaba viendo las obras. Un día la señora me propuso ayudarla, me gustó tanto el teatro que mi hermana dejó de trabajar ahí y yo me quedé hasta ahora. [risas].

— ¿Qué lo cautivó?

Cómo se movían los actores por el escenario. Me quedaba viéndolos y me había magnetizado en qué momento entraba cada uno a escena.

— ¿Y nunca quisiste estar ahí, como actor?

Claro. Lo estuve. Estaban presentando “Pregunta por Julio César”, trabajaban muchos actores reconocidos, entre ellos Reynaldo Areñas. Yo era tramoyista y jefe de escena. Poco a poco se fue comenzando la obra faltaba un extra que interpretaba a

un soldado romano. El director me mandó cambiarme, tenía que hacer del soldado que cargaba a Reynaldo. ¡Pero él era un mastodonte! Antes de saltar a escena me ponía de acuerdo con el otro soldado para ver cómo lo cargábamos. Ese fue mi debut en el teatro, después tuve unos cuantos papeles de extra.

— Pero su trabajo principal estaba detrás del telón...

Así es. En esa época colgábamos decorados de cartón o papel y todo lo debíamos hacer a oscuras. El lumino-técnico apagaba las luces por completo, contaba diez segundos y prendía la luz, todo debía estar listo. En ese entonces no teníamos intercomunicadores, toda comunicación era por luces. Una prendida era prevención, dos prendidas era ejecución. Además, debía ser en silencio. Cada vez que golpeaba un timbal en la obra debíamos dar un martillazo. Nuestro trabajo era veloz.

— Y de mucha improvisación también.

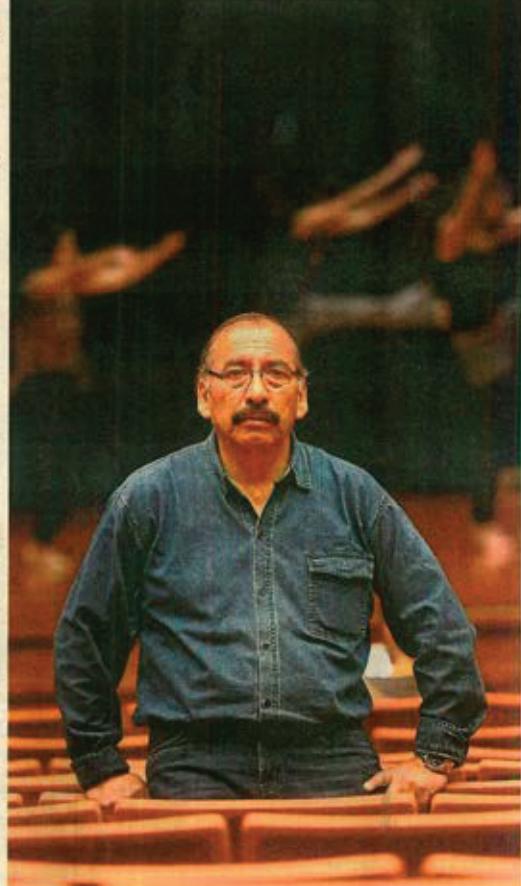
Acá las cosas se solucionan al instante. Te cuento, estábamos en el teatro de Arequipa, presentábamos una zarzuela con decorados de papel que se cambiaban entre acto y acto. Una vez el cambio fue tan rápido y nos cruzamos entre nosotros, por lo que me tuve que quedar detrás del decorado, sosteniéndolo durante todo el acto [risas]. Nosotros somos los héroes anónimos de cada obra. Los aplausos se los llevan los actores, pero nosotros también nos sentimos bien con eso.

— Debe haber riesgos también. Nunca se ha accidentado?

Sí, claro. Una vez estábamos trabajando en una zarzuela, yo iba corriendo con un decorado y entre las maderas se levantó un clavo. Se me

“Un cambio de escena fue tan rápido que me tuve que quedar sosteniendo el decorado durante todo el acto”.

“Estamos en la era de extinción. Sobre todo porque en Lima no hay un lugar donde te enseñen este oficio”.



“La primera obra en la que trabajé fue ‘La casa de Bernarda Alba’. Ahora son más de 200”, recuerda.

crustó en el dedo del pie, en ese entonces no usábamos botas. Tuve que sacármelo y seguir trabajando. Cuando el director me vio, me mandó al doctor y me dijo: “Anda ponte una inyección a ver si te salva” [risas].

— ¿Y cuántas veces ha salvado usted un espectáculo?

Uy, varias. Hace unos años recuerdo que vine [al auditorio de la Universidad de Lima] Barry McPherson, vicepresidente de Intel, y habían contratado a una productora que quería los locales donde se presentaría. Trajeron un proyector superpotente que podía proyectar a una distancia de 34 o 35 metros. El problema era que cuando proyectaban sobre el escenario todo lo que estaba detrás se veía. Se rompía la cabeza pensando qué podían hacer; el encargado me preguntó qué haría yo, pero no quería interferir en el trabajo de quienes habían venido de tan lejos. Esperamos a que se fueran y conseguimos unos banners que pusimos detrás del escenario. Al día siguiente salió perfecto. La gringa que había venido bajó, me abrazó y no entendió qué me dije porque no hablaba inglés [risas].

— ¿Cuál es el teatro que más quiere?

El Teatro Segura. Cuando lo pisé por primera vez era un monstruo para mí. Yo llegué como jefe de tramoya y recuerdo que los amigos decían: “¿Cómo este joven puede ser nuestro jefe?”. Ya tenía 15 o 16 años de experiencia, pero los que trabajaban allí llevaban 20 o 25 años. Sin embargo, les terminé demostrando mi capacidad en la canca.

— ¿Cómo llegó ahí?

Yo trabajaba en el teatro La Cabanita [el jefe del teatro Segura] me nombró jefe. Merecieron a mí para su cargo porque cuando podía me caché le iba allí. Me reuní con el jefe y me tiró un trasto para que lo armara. Eso fue suficiente para que me convirtiera en su sucesor.

— Cuénteme algún recuerdo que guarde del teatro...

[Piensa] Recuerdo una de los años 70. Estábamos en plena temporada de “Dos viejas van por la calle” de Alfonso Pazos. En esa obra había varios actores argentinos y justo ese día jugaba Perú contra Argentina por las Eliminatorias. Recuerdo que gitaron ese partido, va-

rios actores entraron con sus banderitas para celebrar y enfurecieron a los argentinos. La función de esa noche se tuvo que suspender porque toda la gente estaba en las calles celebrando el triunfo, nadie entraría al teatro ese día.

— ¿Cuánto ha cambiado la tecnología en estos años?

Bastante. Con la nueva tecnología la tramoya pasó a ser un holograma. Proyectan un paisaje y ya está, no se ven escenógrafos, pintores.

— ¿Eso debe poner en riesgo su trabajo...

Es una lástima. Como una vez leí a un tramoyista, nosotros estábamos en la era de extinción. Sobre todo porque en Lima no hay un lugar donde te enseñen sobre este oficio. Yo lo aprendí en los teatros.

— ¿Y el teatro también está condenado a quedar en el olvido?

Hay tantas cosas ahora, tantas tecnologías, que si no le dieran mucha actividad al teatro, con buenos actores, buenas funciones, no se mantendría. Pero, por encima de todo eso, es importante el apoyo del Gobierno y de las empresas. —